

AL QAEDA Y LA HAMBRUNA DE ÁFRICA

Pocos saben en Occidente que en la tarde de la Final de la Copa del Mundo de Fútbol en Suráfrica, el 11 de julio de 2010, dos bombas de Al Qaeda en un restaurante y en un club de Kampala, la capital de Uganda, acabaron con las vidas de 74 personas que disfrutaban del juego de la Selección Española. La noticia es impactante y, aparte de ciudadanos ugandeses, eritreos, etíopes y keniatas, también murieron un irlandés, un indio y un norteamericano (seis misioneros norteamericanos resultaron además gravemente heridos) pero en aquellos días ningún medio de comunicación quiso distorsionar la euforia de la gesta deportiva con un suceso tan luctuoso, mucho menos acaecido en el mismo continente al que el mundo acababa de dar la bienvenida como futuro espacio de oportunidades y de futuro.

Un año después, la pasada noche del 8 de junio, las exiguas fuerzas de seguridad del TFG (Gobierno Federal de Transición) de Somalia abatieron por casualidad a un hombre armado en uno de los pocos puestos de seguridad oficiales de Mogadishu. A los pocos días del tiroteo el FBI tomó muestras de ADN del cadáver y confirmó que correspondía a Fazul Abdullah Muhammad, el principal artífice de la expansiva red de Al Qaeda en el continente africano, en Yemen y en Arabia Saudí, y responsable de la matanza a los

malogrados telespectadores de la Final de la Copa del Mundo de 2010, de los bombardeos a las embajadas americanas en Kenia y Tanzania en 1998, de los sangrientos ataques en Mombasa en 2002. El líder africano de Al Qaeda se equivocó de camino (tomó la izquierda en vez de la derecha) y en vez de encontrarse con sus luchadores yihadistas de Al Shabaab (*La Juventud*), se topó con los soldados federales que le darían muerte sin saber de quién se trataba.

Aunque el común de los ciudadanos occidentales recibió la sonada crónica de la ejecución (justa o no; legítima o ilegal) de Osama Bin Laden, desconoce por completo que apenas un mes después de la muerte del primero fuerzas somalíes apoyadas por EE.UU. y UK acabaron con la vida de otro pilar de la organización terrorista. Aunque no haya sido aireada, la noticia no es, en absoluto, menor, y un periodista del blog Baobab de *The Economist* ha calificado esta muerte y la de Osama Bin Laden como "una señal que indica el final de una época en la guerra contra el terror, aunque el final no será sencillo y (...) los yihadistas, en su debilidad en Somalia, probablemente atacarán Kenia, Etiopía, o quizás Suráfrica y Europa" (14-07-2011).

Lo único que últimamente oímos acerca de Somalia, aparte de que exporta piratas que atacan y secuestran barcos de mercancías, es que la población del país sufre desmesuradamente por culpa del hambre. La causa de la peor

hambruna en 60 años es, según se repite, de la sequía. Occidente lleva una semana contemplando imágenes impactantes de niños espectrales comidos por las moscas, con un postrero trazo de movimiento en sus cajas torácicas -imágenes televisivas ante las que la población de los países ricos se inmunizó en los años 80-, y se dice que 10 millones de personas corren el riesgo de morir de hambre de forma inminente en el cuerno de África.

Aunque se habla del hambre en la zona, especialmente grave en Somalia, no se dice que la especulación sobre el precio de los alimentos en la zona ha llegado a elevar incluso en un 240% su precio en menos de un año incluso en zonas donde sí ha habido lluvias y cosechas extraordinarias (en regiones de Kenia, por ejemplo). Dado que no se habla de esa especulación, que imposibilita el acceso a los alimentos a una gran parte de la gente, no se habla de la causa de esta. Aunque se habla del hambre en Somalia, casi nunca se explica que el "país" que normalmente agrupamos bajo ese nombre consiste de facto en cinco regiones y facciones independientes, separadas en una irreconciliable guerra civil desde hace 20 años.

Mohammed Hamed Tarsan, alcalde de Mogadishu, resume los motivos del desconocimiento y subsiguiente abandono que la comunidad internacional ha hecho de Somalia con las siguientes palabras: "Piensan que somos caníbales y que nos

vamos a acabar devorando entre nosotros". Quien intente pasear entre escombros y sorteando las constantes y ubicuas balas de francotiradores de Al Shabaab por la que hasta hace 20 años fuera la "perla blanca del Océano Índico", probablemente acabe confirmando el prejuicio del que se queja el alcalde de la infausta ciudad.

Decir Somalia, por tanto, equivale a decir larga guerra civil: hay un débil gobierno reconocido por la comunidad internacional, el TFG, a la cabeza de unas regiones desgobernadas en la zona central del país (en la capital, el TFG apenas controla la zona que rodea el palacio presidencial; también controla de forma intermitente un puerto y el aeropuerto), separadas entre sí por regiones conquistadas por la Unión de Tribunales Islámicos; hay otra zona autónoma, Puntland, al norte; y más al norte Somaliland un "país autoproclamado independiente" y autogestionado sin ayuda al desarrollo con sorprendente éxito político y fiscal por sus gobernantes, quienes permanecen ignorados por la comunidad internacional.

Teniendo esto en cuenta, no es difícil comprender que la amarga emergencia humanitaria en la que muere la población somalí no puede ser la simple e inevitable consecuencia de un fenómeno meteorológico desafortunado, bastante frecuente en esa latitud del mundo, sino que la injerencia negativa del hombre debe tener una gran responsabilidad en ella.

Como los medios prefieren cerrar noticias con final feliz para pasar a otro asunto, tras el sobrecogimiento generado por el hambre mortal de los somalíes, el público occidental ha empezado a recibir noticias esperanzadoras: el Comité de Emergencia contra las Catástrofes (Disasters Emergency Committee, DEC) del Reino Unido se ha hecho cargo de la situación y ha hecho un llamamiento para que los países ricos también contribuyan a paliar la terrible situación humanitaria. Así pues, el problema del hambre de Somalia estaría *en buenas manos*.

Cinismos aparte, la noticia podría parecer positiva si no fuera porque, en las actuales circunstancias políticas, es improbable que ninguna ayuda pueda llegar a la población hambrienta ya que, conforme Al Shabaab ganó fuerza en el centro y sur de Somalia, amenazó con la muerte a todo el que tuviese contacto con Occidente o fuese sospechoso de tenerlo (ONU, Oxfam, ONGs... hombres somalíes que hubiesen defendido los derechos humanos, mujeres que saludasen a hombres dándoles la mano, cualquiera que bailase o escuchase música...), pues quedaba declarado espía y traidor al Profeta. Así pues, por mucho dinero que se centralice para Somalia, por muchos alimentos que se envíen, será imposible asistir a la población de zonas intervenidas por ese grupo terrorista.

Al poco de ser declarada la fase de emergencia humanitaria por la ONU, Al Shabaab, que desde 2009 se ha dedicado a paralizar y destruir las infraestructuras agrícolas del país, anunció para satisfacción general que levantaba la prohibición de entrada a las organizaciones extranjeras con el objeto de contribuir al alivio de su población; pero tan pronto como comprobó que toda ayuda iba a ser monitorizada por los países donantes para evitar desvíos, robos y más especulación, volvió a poner el cerco a sus territorios.

Dadas las circunstancias, es evidente que la prevención a medio y largo plazo del hambre endémica en África no está en la caridad occidental sino en primera instancia en la contribución a la seguridad en las zonas donde Al Qaeda se está haciendo con el control aprovechando los enormes vacíos de poder de extensas regiones. En palabras del presidente del Gobierno Federal de Transición, Sheikh Sharif Sheikh Ahmed, es básico "establecer ley y orden".

La experiencia de la casi independiente y septentrional Somaliland (todavía parte legal de la Somalia diseñada por italianos y británicos en 1960) demuestra que, de haber estado el país equipado con un gobierno fuerte y una población segura y comprometida con la prosperidad, y desde luego de haber contado con las infraestructuras agrícolas de las que se estuvo dotando hasta 2009, la actual sequía, puntual y localizada en unas regiones concretas del cuerno

de África, no habría causado la crisis humanitaria de características catastróficas que se está viviendo.

Las soluciones, preventivas, se vienen gestando desde hace algún tiempo, pero es difícil hallar su rastro en los medios de comunicación. Hace poco más de un año, antes de que el hambre de Somalia comenzara a ser un tema, Mr. Sharif visitó al Primer Ministro británico en Londres y logró convencerlo de que una buena forma de frenar la expansión de Al Qaeda en el cuerno de África era reforzar el Gobierno Federal de Transición que presidía en Somalia. De ese encuentro, muy poco divulgado por los medios de comunicación internacionales, el presidente somalí sacó dos sustanciales compromisos para su difícil labor de gobierno.

Por una parte, el Reino Unido anunció su total apoyo económico y militar al Gobierno de Transición dado "el peligro de que, sin ayuda internacional, el país se convirtiera en un refugio seguro para Al Qaeda" (Channel 4 News, 9-03-2010). Un paquete de ayuda consistió en la inversión de 5,5 millones de libras en la seguridad del débil gobierno de Mr. Sharif, y el otro en 7,5 millones adicionales para el apoyo a la población (aún no hambrienta). Por otra parte, el gobierno británico declaró a Al Shabaab organización criminal y la prohibió en su país, un paso que revelaba la toma de conciencia de la amenaza que suponía ese grupo extremista, cada vez más

asentado entre la numerosa diáspora somalí que vive en suelo británico.

Los EE.UU., por su parte, proporcionan armas a las fuerzas presidenciales de Mr. Sharif, operan en la zona con aviones y con agentes sobre el terreno y, como se ha escrito al principio de este artículo, el FBI fue el encargado de comprobar la identidad del terrorista Fazul Abdullah Muhammad, mediante el contraste de muestras de ADN del cadáver con las tomadas a sus hijos en 2007.

Este principio de colaboración entre el Reino Unido y EE.UU. con el TFG somalí está teniendo importantes avances en la lucha por el control de las comunidades controladas por Al Qaeda, del que la muerte de Fazul es probablemente el más importante al menos a nivel simbólico. La Unión Africana, compuesta principalmente por soldados de Uganda y Burundi y apoyada por los países anglosajones, lleva meses forzando con éxito la salida de Al Shabaab de Mogadishu, algo por lo que el ministro británico para África, Henry Bellingham, probablemente ha compensado a la coalición con la firma de unos recientes acuerdos comerciales con la sede de la Unión en Addis Abeba, Etiopía.

La respuesta de Al Qaeda a estos sustanciales progresos en la pacificación de Somalia no se ha hecho esperar y dos días después de la muerte de Fazul la misma nieta del ministro de interior de Somalia mató a su abuelo,

Abdishakur Sheikh Hassan, en un ataque suicida. Esto da una idea del grado de penetración al que Al Qaeda está llegando en la zona.

A la vista de todos estos datos, diseminados sin aparente relación en unas pocas notas de prensa internacionales de acceso complejo, se pone de relieve que Somalia es uno de los lugares en los que se están jugando algunas claves de la política internacional de los próximos años. El hambre y la piratería son el síntoma de una batalla crucial y sangrienta para la futura estabilidad y seguridad de África.

Y solo en el último año algunos países de Occidente (EE.UU. y el Reino Unido) han comenzado a darse cuenta.

AMY MARTIN